

FREDA LIGHTFOOT



Traducción de
Ángeles Aragón López

MUJERES
en el
FRENTE

Una historia de esperanza y superación del pasado. Sometida al yugo de una madre dominante, Cecily ansía que su prometido vuelva de la Gran Guerra para dejar la casa familiar, pero sus planes se ven truncados cuando él desaparece en alta mar. La tragedia, sin embargo, no apaga su anhelo de independencia y Cecily decide entonces trasladarse a Francia para actuar ante las tropas. Allí, la vida resulta peligrosa y violenta, pero a la vez satisfactoria y activa. Los problemas reaparecen justamente cuando su familia acude también al frente. Su hermana, Merryn, se enamora de un joven soldado que esconde un lado muy oscuro. Su madre, Queenie, atormentada por un dolor oculto, parece empeñada en seguir un camino de autodestrucción. Así, a medida que se acerca el final de la guerra y todos recobran la esperanza en el futuro, Cecily y Merryn se unen para descubrir la verdad sobre su madre. ¿Qué les ha escondido? ¿Por qué? ¿Podrán ellas mismas alcanzar la felicidad o se hallan condenadas por esos secretos del pasado?

*Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

PRÓLOGO

1894

Corría tan deprisa como le permitían las piernas y tropezaba una y otra vez con las piedras con que se encontraba a su paso. Rodeada de árboles enormes, apenas podía ver por dónde iba. El sonido de fuertes pisadas a sus espaldas la llenaba de pánico. ¿Volvían a perseguirla? ¿La capturarían? Aterrorizada, apenas capaz de respirar y sabiendo qué ocurriría si no escapaba, aceleró el paso. El corazón le martilleaba en el pecho y la tensión le congelaba las extremidades. El dolor fluía por su espalda con cruel precisión. Se sentía completamente indefensa y vulnerable, petrificada por lo que podría ocurrir.

Una mano le dio una palmadita en la mejilla y, dominada por el pánico, se apartó bruscamente.

—Despierta, Martha, es hora de desayunar.

La joven miró a su madre a los ojos y suspiró aliviada. Todo había sido una pesadilla, un trauma que la hacía sufrir sin descanso. El miedo que sentía durante esas pesadillas era un terror absoluto. Al menos esa noche había conseguido dormir un poco, algo que nunca le resultaba nada fácil. La tensión la dominaba siempre que se disponía a irse a la cama, un momento que para ella ya no era ni de lejos relajante. Entonces sintió multiplicarse en su interior el miedo y el dolor y gritó desesperada.

Al parecer, después de pasar casi cinco meses prácticamente encerrada en su habitación, estaba a punto de dar a luz a sus diecisiete años recién cumplidos.

Una parte de ella ansiaba desvanecerse en el olvido, desaparecer de vuelta en el mundo que había disfrutado en otros tiempos, especialmente en su infancia feliz y privilegiada. ¿Por qué todo eso se había terminado con la muerte de su adorado padre? ¿Acaso moriría ella también? Muchas mujeres morían en ese trance traumático. ¿El buen Dios se la llevaría al cielo? No se sentía cercana a Él, Martha dudaba que Él confiara en su inocencia y la aceptara. Como no la aceptaba su madre, que había dejado bien claro que no creía ni una palabra de lo que le había contado su hija. Ya no la consideraba respetable y no le había mostrado ni compasión ni apoyo y se había limitado a decir que nadie debía enterarse de su estado.

Con sus ojos azules brillando por la desolación, Martha miró por la ventana. ¡Cómo ansiaba ver el sol, los acantilados y el mar! ¡Oh, cuánto echaba de menos su vida! Su mente volvió a aquel joven al que había llegado a querer. Era muy atractivo, vestía pantalones anchos y vivía en una de las cabañas de pescadores. Cuando no estaba trabajando en el mar en barcos pesqueros y yolas, estaba siempre en el *pub*, comiendo, bebiendo o apostando. También pasaba mucho tiempo sentado en el puerto remendando redes. A veces oían a la banda que tocaba en la bahía, rodeados por la multitud de espectadores, o iban a un concierto y bailaban. Él le decía que la adoraba, le daba besos dulces y se había tatuado su nombre en el brazo. Hasta que un día en el que ella había corrido ansiosa a su encuentro, como siempre, él le había dicho que se iba a América en busca de una nueva vida por haberse aburrido de pescar. Martha se había quedado destrozada. Él se había mostrado tan encantador y comprensivo con sus problemas familiares que ella casi se había enamorado. Lo echaba mucho de menos,

pero, aunque hubiera estado cerca, ¿por qué habría accedido él a casarse con ella?

De pronto rompió aguas y su grito resonó en la habitación y rebotó en las contraventanas que protegían los cristales. Hora a hora, el dolor fue en aumento, sin doctor ni comadrona que la ayudaran, solo Enid, la doncella y, por supuesto, su madre. Cada vez que la atacaba con saña otra oleada de dolor, en un impulso por resistirse, Martha se esforzaba por sentarse, pero su madre la regañaba y la empujaba para que volviera a acostarse.

Finalmente, algo sólido salió de su interior y la joven, jadeante y agotada, sintió unas manos apretándole el vientre y, además de la sangre que empapó las sábanas, algo más salió de su cuerpo. Luego, de prisa, la doncella la lavó, la secó, la desnudó y la volvió a vestir. Martha se sentía muy sucia. Salvo para ordenarle que empujara más fuerte y dejara de gritar, no le habían dirigido ni una palabra. Y nadie le había ofrecido consuelo.

El hijo o la hija que acababa de dar a luz estaba en brazos de su madre y esta salió y cerró la puerta tras de sí. Martha soltó un pequeño sollozo de tristeza. Le habían dicho que el bebé sería dado inmediatamente en adopción. No, no le permitirían quedárselo. ¡Si al menos su vida pudiera volver a la normalidad! Pero la actitud dura e indiferente de su madre anunciaba que aquello jamás sucedería.

Entonces se le ocurrió que, una vez terminada la agonía de la prisión y el parto, ya no deseaba permanecer allí más tiempo. Para recuperar algo de seguridad, necesitaba irse lo más lejos posible de allí y cambiarse el nombre. Había llegado el momento de abandonar su casa y construirse una vida nueva. Después encontraría un marido y volvería a ser respetable.

PRIMERA PARTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

CAPÍTULO 1

Navidad de 1916

La intensidad de las lámparas bajó cuando un hombre vestido de Pierrot, con traje y pantalones azules brillantes, gorro puntiagudo y un enorme lazo amarillo debajo de la barbilla, saltó alegremente al escenario cantando: *All The Good Girls Love A Sailor* («Todas las chicas buenas quieren a un marinero»). Al instante, se le unió un grupo de bailarinas. Ellas también iban vestidas de Pierrots, todas deslumbrantes con trajes de color rosa y cuello de volantes, faldas largas y amplias, decoradas con suaves pompones y sombreritos negros. Su belleza arrancó rugidos de aprobación entre el público. Pierrot agitó sus manos enguantadas en dirección a ellas y el teatro, atestado de soldados británicos y belgas, respondió con vítores y silbidos.

Cecily miraba sonriente entre bastidores, como solía hacer encantada casi todas las noches. Una parte de ella ansiaba unirse a las cantantes, pero su madre jamás se lo permitiría. Se consideraba la estrella principal y esperaba que sus hijas la sirvieran en todo. Cecily, por su parte, no creía ser una buena ayudante, pues estaba demasiado ocupada trabajando de cobradora en los tranvías eléctricos ahora que la mayoría de los hombres se había ido a la guerra. Su madre tampoco aprobaba eso, pero Cecily creía firmemente que debía tomar sus propias decisiones en la vida.

Sintió una palmada en el hombro y vio a su hermana a su lado.

—Su Alteza Real requiere tu asistencia —susurró Merryn, con su bonita cara pecosa animada por una sonrisa de

burla—. Me ha echado con cajas destempladas.

—¿Otra vez?

Cecily reprimió un suspiro y acompañó a Merryn al camerino. Miró la imagen reflejada en el espejo y reconoció la mirada perdida de los ojos azules de su madre, prueba de que había vuelto a beber. A pesar de considerarse una estrella, Queenie sentía a menudo la necesidad de superar el pánico escénico antes de actuar.

—Merryn me ha destrozado el peinado —tartamudeó con voz pastosa.

—Estoy segura de que no era su intención, mamá —dijo Cecily con calma. Tomó un cepillo y empezó a desenredar el cabello rubio rizado de su madre en el cogote.

—Jamás me llames así. Sabes que lo odio.

Había elegido el nombre de Queenie años atrás por considerarlo más apropiado para su carrera que Martha, el nombre que le habían puesto al nacer. Y pedía a sus hijas que la llamaran así, no deseaba que le recordaran su edad. Merryn parecía aceptarlo. Cecily siempre sentía la necesidad de recordarle la relación que las unía, una relación que, por desgracia, nunca era fácil. Retorcó con cuidado un mechón del pelo de su madre, lo dobló y, a continuación, lo rodeó con otros mechones y los sujetó todos juntos en la parte superior de la cabeza con un pasador de plata.

Queenie tiró de un rizo y lo soltó sobre su oreja izquierda.

—No me apetece llevar todo el pelo recogido arriba. Deja algún mechón suelto sobre las orejas.

—Creía que te gustaba dar una imagen pulcra y ordenada, mamá —repuso Cecily.

—No, ahuécalo, tonta. Sois unas inútiles.

Cecily no se sentía a la altura en aquel trabajo y miró a su madre en el espejo para observar su éxito o la falta del mismo. Queenie era una mujer esbelta y atractiva, de tez pálida, barbilla puntiaguda y labios de rubí fruncidos a menudo, como en aquel momento, en un mohín. Pero tam-

bién era superficial, engréida, melodramática, emocionalmente inestable, egoísta, prepotente y completamente irresponsable. Queenie nunca era fácil de complacer, tampoco cuando estaba sobria. Era una exhibicionista y una estrella que exigía muchísimos cuidados y muchísima ayuda, como en aquel momento. Y Merryn, acostumbrada a que su madre la regañara y despidiera cuando había bebido, leía la revista *Womans's Weekly* en un rincón y no les hacía el menor caso. Cuando Queenie estuviera sobria, trataría encantada a su hija menor como a la niña de sus ojos para que Cecily se sintiera poco querida a pesar de haber hecho todo lo posible por ayudar. Aun así, Cecily nunca sentía celos y siempre estaba dispuesta a hacer de madre suplente de su adorada hermana, pues Queenie, absorta en sus giras y en sí misma, solía descuidarlas a las dos por igual.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—Tres minutos y a escena, por favor —dijo una voz.

—Bebe un poco de agua —aconsejó Cecily con calma—. Te ayudará a aclararte la voz y te refrescará.

—¡Cómo te atreves a decir algo así! Mi voz está perfecta —replicó Queenie.

Cecily tomó una jarra, sirvió un vaso y lo dejó sobre la mesa.

—Tómame un sorbo para aclarártela, mamá.

Queenie reaccionó con violencia. Agarró la jarra y tiró el agua a su hija por la cabeza. Después, empujó el vaso de agua, una cajita de maquillaje, pinceles, frascos de crema y otros artículos hasta que cayeron del tocador al suelo, dio una vuelta sobre sí misma y se marchó.

Merryn agarró una toalla y corrió a secarle el pelo y la cara a Cecily.

—No te preocupes, se secará enseguida —dijo Cecily. Alzó los ojos al cielo con humor jocos—. Ven, tenemos que asegurarnos de que se calme y actúe bien.

Merryn asintió con una sonrisa burlona y las dos corrieron tras su madre.

Cuando Cecily llegó al escenario, oyó que los espectadores gritaban a Pierrot, quien corría haciendo chistes después de haber terminado su número. Sin duda, Pierrot ya les aburría y todos estaban impacientes y deseosos de ver a la estrella principal. Por fin se abrió el telón y Cecily suspiró aliviada al ver avanzar a Queenie con la cabeza alta y los brazos extendidos. Apretó la mano de su hermana y se sintió orgullosa cuando se hizo el silencio. Su madre estaba espectacular con ese vestido sin mangas, de profundo escote y que dejaba la espalda al aire con osadía. Y por una vez no iba firmemente ceñida con un corsé.

Queenie empezó a cantar *Who Were You With Last Night?* («¿Con quién estuviste anoche?»). Era una de sus canciones favoritas de sus días del *music-hall*, una época en la que había ganado una pequeña fortuna hasta que ese género empezó a pasarse de moda. Cecily, que siempre había ansiado poder cantar, envidiaba muchísimo ese talento de su madre. Queenie se besó las puntas de los dedos y saludó al público con una sonrisa.

—¡Cómo le gusta lucir ese glorioso anillo de diamantes que lleva en el tercer dedo de la mano izquierda! Es lo único que le dejó su difunto esposo —murmuró Cecily.

—Espero tener uno así algún día —repuso Merryn—. Y tú lo tendrás dentro de poco.

—Tal vez —musitó Cecily.

Sonrió al recordar su compromiso secreto con Ewan. ¡Cuánto anhelaba su corazón ver a su amado, que estaba en el mar, luchando en aquella terrible guerra! Había conocido a Ewan cuando Queenie había comprado una mansión en Gran Parade, cerca del Sound, en Plymouth, su ciudad natal. Lo había conocido en el mercado de pescado próximo al Barbican. Se habían hecho muy amigos y pasado horas caminando descalzos por la playa, tomados de la mano, acompañados por el sonido reconfortante del mar. Habían ido a pescar, a nadar o a navegar en uno de los barcos del

padre del joven. Ewan le había confesado su amor el día en que ella había cumplido dieciséis años, cuando la había abrazado y la había felicitado con un beso. Y Cecily también le había confesado su amor por él. Dos años después había estallado la guerra y a ella se le había partido el corazón cuando su amado se enroló en el ejército.

—Estarás aquí esperándome cuando vuelva, ¿verdad, querida? —le había preguntado el día en que le había contado que había pasado por la oficina de reclutamiento.

Cecily le había dicho cuánto lo amaba y le había asegurado que esperaría impaciente su regreso. Ewan la había abrazado con ternura, animoso. Como miles de hombres más, era un patriota leal decidido a proteger a su familia y su país de la invasión extranjera.

Sus padres habían recibido la noticia con un silencio angustiado y más su madre, quien había expresado su gratitud a Cecily por su apoyo. Habían acordado que la joven podría ir a despedirlo a la estación de tren de Millbay, pues ellos no se sentían capaces de despedirse de su hijo en público. Cecily no olvidaría jamás la imagen de docenas de hombres jóvenes reunidos en el andén, rodeados de madres, esposas y novias llorosas.

—No llores —le había dicho Ewan con una sonrisa encantadora—. Esta guerra terminará antes de Navidad, así que hay algo que quiero pedirte.

A continuación, había hincado una rodilla en tierra y le había preguntado si quería casarse con él.

—Te quiero muchísimo y deseo que estés siempre a mi lado como mi esposa.

Cecily había soltado un grito de alegría. ¡Adoraba ese recuerdo! Y había dicho que sí. Como sabía que su madre no le daría el consentimiento fácilmente, había prometido hablar con ella y persuadirla. Se habían besado y abrazado y, cuando el tren comenzó a arrancar, había derramado por fin las lágrimas que había contenido hasta entonces.

—¿Me escribirás, amor mío? —había preguntado él.

—Desde luego que sí —había prometido ella.

Vivía con la esperanza de que la guerra acabara pronto y estuvieran juntos para siempre. En ese momento, aquel recuerdo feliz de su amado se vio interrumpido por el sonido de ruidos nerviosos y gruñidos del público.

—No les gusta la actuación —susurró Merryn—. Queenie está un poco encorvada y su voz suena ronca.

—Y eso se debe probablemente a que bebe demasiada ginebra antes de cada actuación —comentó Cecily, cortante.

Las hermanas se miraron con desesperación, preocupadas por su madre. Queenie ya no era tan popular como antaño. Ya casi nunca había admiradores en la puerta del Palace Theatre esperándola al final de la función y, salvo en ocasiones raras como la de esa noche, atraía a pocos hombres. Y aquellos soldados jóvenes, que estaban allí de permiso, preferían oír canciones más alegres y modernas.

—Vete volando, pájara, si eso es lo que eres —gritó un soldado.

Queenie había empezado a cantar *A Bird in a Gilded Cage* («Un pájaro en una jaula de oro») casi como si ella se viera así. Tan tormentosos como una ola enorme, sus ojos azules echaban chispas. Entonces olvidó el verso siguiente y volvió a cantar el estribillo desafinando un poco.

Cecily sintió un escalofrío.

—¡Oh, Señor! ¿Crees que se recuperará y los conquistará?

—Esperemos que sí —murmuró Merryn, pero no sonaba nada convencida.

Un soldado del público empezó a abuchear y los demás lo imitaron. Queenie, lívida, se inclinó hacia adelante agitando los puños, ordenando así al parecer silencio a los jóvenes que protestaban. Entonces perdió el equilibrio, tropezó y cayó cuan larga era soltando un grito. Cecily se quedó paralizada.

El público abucheó todavía más cuando bajaron rápidamente el telón. Cecily recuperó la movilidad y corrió a ayudarla. Merryn estaba ya al lado de su madre, que yacía con las piernas muy abiertas y los ojos completamente inexpresivos. Cuando intentaron ponerla en pie, volvió a gritar. Al tocarle el tobillo, gritó de dolor y comprobaron que se había lesionado. Los tramoyistas corrieron a ayudarlas y la llevaron de vuelta al camerino. Segundos después, volvían a salir las bailarinas, quienes no tardaron en animar a los descontentos espectadores.

En cuanto la acomodaron en el sofá, se abrió la puerta con fuerza y entró el director como una tromba.

—¿Por qué narices se ha caído? No, no debe quedarse aquí sentada compadeciéndose de sí misma. Tiene que volver al escenario inmediatamente.

—Me temo que eso no es posible, le duele mucho —repuso Cecily, sin mencionar que Queenie estaba bebida.

El hombre se inclinó sobre Queenie y gruñó con furia cuando olió la peste a ginebra que echaba su aliento.

—¡Ah! Ahora entiendo por qué se ha caído. ¡Menuda mujer tan estúpida! Pues se ha terminado, está acabada. No permitiré que vuelva a salir a escena. —Miró a las dos hijas y señaló a Cecily—. El público espera, así que tendrás que ocupar tú su lugar.

—No diga tonterías. Mi hija no es una estrella —replicó Queenie.

—Esta chica sabe cantar.

—¡Bobadas! No tiene ningún talento.

—La he oído cantar para sí misma y me ha dejado impresionado. Tiene una voz agradable y bien modulada con un bonito acento de Londres y, además, es una chica encantadora —insistió él con firmeza.

Cecily escuchaba atónita la discusión entre su madre y el director. No se consideraba encantadora. Sin corte alguno, su cabello castaño era una masa enmarañada y en

aquel momento seguía empapado por el agua que le había tirado su madre y goteaba sobre su rostro ovalado y sus ojos azul violeta. Sin embargo, una parte de ella sentía el impulso de hacer lo que le pedían.

—Me gusta cantar, aunque no estoy convencida de que pueda hacerlo tan bien como para complacer a este público —dijo.

Cuando ni su madre ni el director respondieron a ese comentario, empezó a sentirse cada vez más nerviosa.

Merryn le apretó la mano.

—Cantas con un tono de voz maravilloso —dijo—. ¿Por qué no tienes fe en ti misma?

Cecily miró agradecida los ojos color avellana de Merryn y recordó cuánto se divertían a veces las dos, ella cantando y su hermana tocando el acordeón. Oía que el público gritaba que cantara alguien y no podían ignorar aquello.

—Es Nochebuena y no podemos fallarle al público. Ponte guapa, muchacha. Tienes que salir a escena. Tienes tres minutos para prepararte —anunció el director con firmeza antes de salir.

—¡No se te ocurra hacer lo que te ordena! —dijo Queenie con severidad—. Necesito que te quedes aquí y cuides de mí, no que me robes mi papel en la vida.

¿Debía obedecer al director o a su madre? Cecily, con los años, había desarrollado un profundo sentido de la independencia, pero, en un esfuerzo por acercarse a ella, terminaba cediendo a casi todas las órdenes de Queenie. En el fondo de su corazón, Cecily sabía que le gustaba mucho cantar. ¿Era aquel el momento que siempre había anhelado? Aunque sentía el impulso de obedecer las órdenes del director, ¿podría hacerlo bien? El pánico crecía en su interior.

—¿Saldrás conmigo, Merryn? Tú puedes tocar.

Su hermana negó con la cabeza.

—Ya toca la banda de música.

—Pues canta conmigo.